

De la vida y sus condiciones para vivirla

Diana Sofia Peñaranda Rojas

Estudiante, Semillero Logística, Negocios Internacionales,
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.
Egresada, Diplomado en Procesos de Lectoescritura, Cohorte 18,
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI),
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.
dianasofia.penaranda@ustabuca.edu.co



El lunes 16 de enero del 2017 fue mi primer día en una institución a la que no debía pagarle una módica suma para que me aceptara en clase. Tenía los nervios de punta y no podía quitarme la sensación de que todo el mundo me miraba. Era la primera vez que estudiaba en el mismo lugar donde mi mamá trabajaba. Todos aquellos que la conocían esperaban que la hija de la tan querida profe Imelda fuera tan inteligente, social y saludable como ella. Yo también lo esperaba, pero todos nos equivocamos.

Cuando tenía tan solo tres años comencé a patinar. Era un poco contradictorio que siendo

una persona tan nerviosa, como lo sigo siendo hoy en día, practicara un deporte con riesgo constante de caídas por las altas velocidades. Solía entrenar para pruebas de fondo, pruebas largas que implicaban una gran resistencia física de la que siempre me jactaba. Nunca esperé que diez años de entrenamiento no fueran suficientes para enfrentar lo que vino después.

Era la segunda semana de clases cuando tuve mi primera clase de educación física. Nueve días habían pasado desde mi ingreso a una institución pública y mis nervios no se iban. No me culpo, los comentarios sobre la clase de deportes tampoco

eran muy tranquilizadores. Profesores y alumnos afirmaban que Carlos Prada era la persona que podía “sacarle la leche” a cualquiera. Tampoco ayuda que cada vez que me lo cruzara en los pasillos él me expresara su curiosidad por mi resistencia deportiva como si la reputación de sus extenuantes clases no lo persiguiera. Lo que nunca esperamos ni él ni yo es que me desmayara 20 minutos después de terminar mi primera clase de educación física y no durante ella.

En los casi 14 años que tenía en enero de 2017 jamás me había desmayado, pero para todo hay una primera vez y la mía fue el día 25 de dicho mes y año. Posteriormente a la fatigante clase de cultura física había decidido cambiar mi camisa, cuando salía del baño la cabeza comenzó a darme vueltas. Mi visión se volvió borrosa y me sentí el doble de agotada, instantes después la luz se apagó. No sentí el golpe que me di contra el piso, pero pude escuchar a la gente que estaba a mi alrededor llegar corriendo a donde estaba. No podía moverme. No podía abrir los ojos. Solo podía escuchar cómo los demás me llamaban y sentir cómo mis esfuerzos por reaccionar eran en vano.

Quince minutos después desperté poco a poco, me dolía la cabeza y sentía mucho cansancio. Treinta minutos luego me encontraba en la sala de urgencias de la policlínica junto a mi papá esperando por un chequeo de medicina general que explicara mi desvanecimiento. La respuesta del médico fue inesperada. Me había desmayado por sobrecarga emocional.

Me remitieron a psicología. Era difícil entender para todos la relación entre mi desmayo y el cómo me sentía, sin embargo, si el médico lo decía debía tener razón o eso supusimos. Al parecer todos olvidamos que los médicos también se mueren.

Dos meses después, cuando regresaba a casa de mi curso de inglés junto a mi papá comencé a sentir un dolor de cabeza. Sentí tanta presión en mi cráneo que rogaba a gritos por ayuda. Una vez

en la sala de urgencias el médico no tuvo explicación. No dio recomendaciones o sugerencias. Solucionó a la colombiana: recetó una pastilla que ni siquiera el seguro tenía.

El siguiente jueves volví a sentir el mismo dolor de cabeza. La misma presión. Mis compañeros estaban impactados. No los culpo, no todos los días ves a la primera de la clase, a la hija de la profesora, tirada en el piso mientras llora y se sostiene la cabeza. Termine en urgencias de nuevo. Fue mi primera noche en observación, lamentablemente no fue la última.

Al cabo de una semana volví a desmayarme. Volví a urgencias. No había médico de turno que tuviera una explicación y los exámenes salían normales. Me enviaron a mi casa. Dos días después volvió a suceder. Volví a urgencias. No tenían respuestas. Volví a mi casa.

Con los días, la vida se volvió un círculo vicioso entre mi casa, la escuela y el hospital. Ya no importaba qué estuviera haciendo, me sentía mal de un momento a otro y me desmayaba. Pronto las visitas a urgencias se convirtieron en noches en observación. Las pastillas pasaron a ser constantes muestras de sangre que dejaban su huella en los moretones de mis brazos y la preocupación de mis compañeros se convirtió en malos comentarios.

A principios de marzo ya distinguía algunas enfermeras de la misma forma en que ellas me reconocían a mí. Después de completar un mes de visitas infructuosas al hospital remitieron mi caso a neurología. Las noches de insomnio que pasaba viendo a mi mamá dormir incomoda en una silla al lado de mi camilla en la clínica, mientras lloraba por hacerla sufrir, por preocupar a mi hermano, por causarle problemas a mi papá, por las heridas de mis brazos, por la impotencia que sentía al pasar por todo sin una razón aparente se convirtieron en noches de desvelo junto a mi progenitor, casi de un día para otro.

Me sometieron a un electroencefalograma, un TAC y una resonancia magnética cerebral.



Todos salieron con resultados normales, pero eso no eran buenas noticias. Cada examen negativo me desesperaba más. Semana tras semana escuchaba al doctor Fabian Fernández, uno de los escasos neurólogos pediatras de la ciudad, hablar de mi “buena salud” con mis “perfectos” exámenes en la mano. Pero yo no me sentía así. No cuando tenía 5 a 6 colapsos al día. No cuando ya no tenía síntomas y simplemente colapsaba en cualquier parte, en cualquier momento. Y lo único que podía hacer era tragarme la ansiedad que me generaba todo aquello.

¿Han considerado la opción de que no tenga nada?

¿Qué quiere decir doctor? –mi madre cuestionó mientras yo me mantenía sentada en una silla detrás de ella dando la gracias a Dios por ser la última cita con el neurólogo, porque, aunque muy estudiado y todo, seguía sin mostrar un comportamiento amable o empático con sus pacientes como se esperaría de cualquier pediatra.

Tal vez su hija no tiene nada a parte de una alta necesidad de atención.

No tenía razón, para nada. Solamente estábamos con el especialista equivocado. Lastimosamente encontré el correcto un poco tarde. El doctor Daniel Hurtado Sierra, cardiólogo y ecocardiografista pediatra, solo necesito dos exámenes para saber que lo que fuera que tuviera no me iba a matar. Afirmó que tengo un corazón sano que trabaja a su manera. Sí, mis exámenes tenían ciertas anomalías, pero no me iba a morir a causa de ellas, solo debía tener cuidado al caer desmayada, pero ya era tarde para eso.

Me caí bajando las escaleras; mientras estaba en el baño; mientras entraba a clase. Me golpeé la cabeza con una piedra. Me golpeé contra el piso en varias oportunidades. Perdí la memoria en dos ocasiones y me dejaron caer por las gradas mientras me trasladaban inconsciente a la oficina de coordinación, porque tenía sobrepeso. Lo que sea que tenía no me iba a matar y si después de



tantos golpes no me había muerto, entendí que Dios tampoco me quería muerta.

Fue un proceso difícil. Fue complicado dejar de comerme los problemas. Era espinoso soportar a los demás con sus comentarios sobre mi “necesidad de atención” porque no tenía argumentos sólidos para contrarrestarlos. Era agotador mantener el mejor promedio de mi clase cuando pasaba la mitad de las clases en pruebas médicas en el instituto del corazón.

El 28 de agosto de 2017 tuve la prueba de mesa basculante después de sufrir una leve hemorragia debido a una mala canalización de la enfermera. Fue el único examen de alto riesgo que he tenido y desde entonces doy gracias por ello. Los resultados fueron positivos. Después de todo si tenía un diagnóstico. Sincope neurocardiogénico tipo vasodepresor. Luego solo tuve que conseguir cita con el único especialista que podía explicarlo. Fue una odisea que fuera un profesional bastante singular en todo sentido de la palabra.

Para inicios de septiembre del mismo año solo había en toda el área metropolitana de Bucaramanga un cardiólogo electrofisiólogo pediátrico. El doctor Alexander Álvarez Ortiz me atendió el lunes 9 de octubre de 2017. Confirmó que no me iba a morir por ello, pero también explicó que tendría que aprender a vivir con esto. Me envió un medicamento que podría ayudarme y que incluso hoy en día no consigo en el país, y me dio la esperanza de que tal vez el embarazo me quite por completo la disautonomía.

Casi seis años después de eso todavía no he tenido un embarazo. Sigo teniendo síntomas como distermia o dolores de cabeza. Soy muy sensible a los aromas y a veces pierdo un poco la movilidad en las manos o pies. Tengo temporadas en las que todo está bien y épocas en las que vuelvo a desmayarme. Sin embargo, he podido adaptarme a esta condición de la vida. Una condición que no me limita como pensaba en un inicio, sino que me hace vivir de una forma diferente. Porque así son las condiciones de la vida. Retadoras, complidas y únicas.